

“En boca del mentiroso hasta lo cierto se hace dudoso”: ¿fue Lope de Vega realmente un poeta soldado?

JULIÁN GONZÁLEZ-BARRERA

Departamento de Filologías Integradas
Facultad de Filología. Universidad de Sevilla
Palos de la Frontera, s/n. 41004 Sevilla
jgonbar@us.es

RECIBIDO: DICIEMBRE DE 2008
ACEPTADO: DICIEMBRE DE 2008

Todo lo que rodea a un autor, dentro y fuera del papel escrito, constituye un universo por sí mismo con sus propias reglas, claves y, sobre todo, secretos. En el Siglo de Oro, a la luz del pensamiento renacentista, el poeta contemplaba, sentía y razonaba sus experiencias al mismo tiempo, es decir, no tenía por qué existir un vínculo directo entre el hombre que sufre y el espíritu que crea. El yo poético barroco no era una prolongación de la *psyche*, a la manera romántica, sino un torrente de ideas en perpetuo movimiento. Bajo la égida de Aristóteles, por aquel entonces sólo se exigía que fuera verosímil: “[...] la nueva estética de lo verosímil que domina en el llamado Renacimiento, le impedía seguir admitiendo la identificación del ‘yo’ real con el literario. O mejor, se le imponía un ‘yo’ literario verosímil” (Blecua 153-54). La alineación de la mente humana, con sus filias y fobias, sería una parte más del proceso creativo. Estaríamos ante lo que Stephen Greenblatt llamó *self-fashioning* o ‘autofiguración’, según la traducción de Carreño. Por consiguiente, la personalidad reflejada en un texto no sería el retrato fidedigno de su autor, sino un modelo de individualidad que vive en el poema, pero no en el poeta –al menos, no de manera absoluta–. Entonces, la vida se convierte en arte y como tal puede ser reconstruida en la mente de cada lector, que acepta el baile de máscaras que se le plantea: “His poetic uni-

verse spins on a uniquely transformative energy, one that converts the experiences of his life into art, and, for the reader, his art back into a reconfigured life. It makes the past present, the present past, and turns the words of others into his own” (Torres 274).

En el caso de Lope de Vega, su compleja personalidad, tan inclinada a trucar su imagen bajo mil disfraces y la vida azarosa de la que fue protagonista, dificultan aún más la labor de discernir la realidad de la ficción. Aventurarse conlleva el riesgo añadido de caer en su juego, y más conociendo la facilidad que tenía el dramaturgo para incluir pinceladas autobiográficas en sus obras y, por ende, manipular el retrato de sí mismo con distintas personas o máscaras poéticas, por usar la terminología actual¹. Para un lector moderno, desenmascarar a Lope es todo un reto cerca de cuatrocientos años después de su muerte. Ya sea por el camino de la biografía o la literatura, adentrarse en el *kósmos* del Fénix de los Ingenios es una tarea harto delicada. Bien es sabido que nunca se dejó sujetar por normas o preceptos, ni siquiera los suyos propios, y, acorde a los principios dominantes en la época, autor, obra y lector no eran compartimentos estancos a sus ojos. El yo poético lopesco estaba inmerso en una evolución inagotable que ocasionaba que se estuviera reinventando a sí mismo de manera continua. Esta predisposición provoca las suspicacias de los especialistas, que examinan con recelo cualquier noticia biográfica escrita de su puño y letra. En ocasiones, incluso hechos probados son puestos en cuarentena. Toda cautela parece poca, pues es cierto que Lope barajó fechas, nombres y acontecimientos a conveniencia. Estas ‘fantasías’ o medias verdades eran para mayor gloria de la fama de un poeta que supo manejar con inteligencia su imagen pública, tan dañada por los frecuentes escándalos amorosos.

EL PERFECTO CORTESANO

Para aquel hijo de un modesto bordador, retratarse como el perfecto cortesano era mucho más que una pose obligada o un convencionalismo vacío. Herencia de la Antigüedad clásica –como no podía ser de otra forma–, el modelo renacentista entroncaba directamente con la noción griega de superioridad o *aristēia*, con los héroes homéricos como paradigmas. Esta búsqueda de la perfección era un principio de fuerte carácter individual, si bien puesto al servicio de la comunidad –representada por la polis o el rey–. Como premio, los laureles de la gloria, el honor y el buen nombre, aunque le costaran al héroe una muerte prematura. Ya en época helenística, la *aristēia* guerrera se acabaría

abriendo a hazañas de otra naturaleza, como, por ejemplo, las resultantes de actos políticos o espirituales. Este concepto renovado será el que asimilarían los conquistadores romanos, que encumbrarán la dicotomía *fortitudo-sapientia* como el camino recto hacia la *virtus*.

Este ideal clásico será revitalizado en el Renacimiento para guiar al *homo novus* de la Edad Moderna. Vinculados de manera estrecha a los poderes señoriales, los humanistas les exigirán algo más que un noble linaje: virtud. Por esta razón, el Quinientos es el tiempo de los tratados doctrinales llenos de avisos, consejos y advertencias sobre la educación de príncipes, donde la fortaleza y la sabiduría romanas serían sustituidas por las armas y las letras renacentistas. No encontraron poca resistencia, pues buena parte de la nobleza de principios del siglo XVI arrastraba aún el prejuicio medieval de que los libros eran propios de los monjes: “Pues los caballeros en armas por Cristo debe luchar, no con palabras, ¿a qué entonces trabajar en las letras?”, escribió Francisco Decio en boca de un noble (ff. B1r-1v). El Humanismo defenderá su programa educativo recordándole a los más reacios su condición varonil, y, por lo tanto, su obligación moral de alcanzar la *virtus*, es decir, ‘ser un hombre’: “Por su parte, los humanistas esgrimen frente a los enemigos de las letras otros argumentos. El primero es el recurso a la propia naturaleza humana. Así lo señala Vives: ‘Como si por ser noble no tuvieras que ser hombre’” (Rausell Guillot 578). Segundo, se cristianizará su sentido y significación, atendiendo a las Sagradas Escrituras, ya que en la *Biblia* se puede leer: “Hace más el sabio que el valiente, el hombre de ciencia más que el fuerte” (*Proverbios* 24, 5). Por último, no se cansarán de recordar con fino oportunismo que las letras, al posibilitar la lectura del Evangelio, conducen necesariamente a la fe en Cristo.

Como es sabido, será en la España de los Austrias donde mayores sean los aplausos al hombre nuevo pregonado desde los círculos académicos. En la península Ibérica, el debate quedará definitivamente clausurado con el triunfo del modelo teórico de *Il libro del Cortegiano* de Castiglione –y más desde la traducción de Boscán– y el ejemplo de Garcilaso de la Vega, prototipo del perfecto cortesano. En tiempos de Lope, en pleno declinar del siglo, la excelencia a través del ejercicio de las armas y las letras era un espejo de virtud que continuaba inspirando a la sociedad, aunque por desgracia sólo de manera teórica, especialmente para gran parte de la nobleza, que se había vuelto indolente, palaciega y adocenada. La misma literatura culta que había abogado por

una educación para las clases dominantes, destinada a un mejor gobierno de reinos y repúblicas, comenzó pronto a quejarse de la falta de predisposición al estudio, la disciplina y el sacrificio que la aristocracia mostraba sin ningún pudor. Una de aquellas obras fue *El Cortesano* de Luis Millán:

El Cortesano de Luis Millán [...] nos revela como ningún otro texto la imagen de toda una élite autocomplacida y encerrada en sí misma, que convierte el Palacio Real en escenario de la representación de sus modos de vida, que se deleita en festejos y lecturas poéticas, representaciones, debates sobre las cualidades del perfecto cortesano y del buen amador, danzas, máscaras y torneos. (Ferrer Valls 22)

En el resto de la sociedad, el ideal de las armas y las letras envejecía con salud, particularmente entre los jóvenes poetas, deseosos de ser ‘un segundo Garcilaso’.² Antes y después de Lope, una larga nómina continuaba el ejemplo del toledano: Cervantes fue soldado en Lepanto, Quevedo espía en Venecia, Calderón luchó en Flandes..., y así hasta componer una lista interminable de escritores del Siglo de Oro que pasaron una parte significativa de sus vidas bajo una bandera del Rey Católico. Por supuesto, el Fénix no podía ser menos y anhelaba un pasado militar glorioso. Más aun conocida su profunda admiración por Garcilaso. Como proclama en *La bella malmaridada* (1596),³ seguía siendo un modelo para cualquiera que se atreviera a componer versos:

CONDE	Decir podéis la de ayer.
MÚSICO	¿Cuál fue?
CONDE	La de Garcilaso, que tiene ingenio divino.
MÚSICO	Es vieja ya, y está impresa.
CONDE	¿De que está impresa te pesa?
	Lo más viejo es lo más fino. (Vega 2001, 157-158)

En la biografía de aquel ‘monstruo de la naturaleza’, que diría Cervantes, tenemos un par de episodios de juventud donde dice haber llevado “un arcabuz al hombro”, si bien se encuentran algo separados en el tiempo y son más bien de carácter puntual, limitados a campañas concretas: las islas Azores (1583) y la Armada Invencible (1588).

LA ARMADA INVENCIBLE

Si bien no es el objetivo del presente trabajo, no podemos evitar detenernos un momento en este capítulo de la vida del Fénix. Su pretensión de haber participado en la empresa de Inglaterra no ha podido ser confirmada por los especialistas, recelosos ante la falta de pruebas o documentos de archivo que sustenten sus palabras. En realidad, lo único que tenemos es el testimonio de Lope. En varios lugares alude de manera más o menos clara a su participación en el Desastre, aunque sin dar demasiados detalles. Esto sólo ha hecho aumentar la confusión. Algunas de las referencias aportadas por unos y otros han demostrado ser vagas, contradictorias e incluso falsas, como que se enlistara junto a su hermano Juan.⁴ Según parece, sólo diecinueve días después de que su cuñado, Luis de Rosicler, le representara por poderes en su matrimonio con Isabel de Urbina, estaba en Lisboa dispuesto a embarcarse a bordo del galeón *San Juan*,⁵ de la famosa flota. De este modo, recién casado, en un hermoso romance dedicado a su joven esposa, lloraba la temprana separación de su amada *Belisa* (Isabel):

De pechos sobre una torre,
 que la mar combate y cerca,
 mirando las fuertes naves
 que se van a Ingalaterra,
 las aguas crece Belisa
 llorando lágrimas tiernas. (Vega, *Rimas* 65)

Por desgracia, es de todos conocido que la voz poética de Lope sirve de poco para dar fe de los pasajes más controvertidos de su biografía. Además, en nuestra opinión, cuesta trabajo creer que una experiencia tan traumática como fue el Desastre de la Invencible no dejara una huella notable o, cuanto menos, alguna obrita en su inmensa producción literaria, tanto como le gustaba poetizar su propia vida y más si cabe siendo él uno de los pocos supervivientes. Como ya venimos comentando, la falta de pruebas intranquiliza a buena parte de la crítica, que rechaza los hechos y limita su experiencia militar a la campaña de la isla Tercera (Azores).⁶ Y es que no se posee demasiada información de aquellos días.⁷ Son tiempos difíciles para el poeta madrileño, con el corazón y la cabeza divididos entre Elena Osorio, Isabel de Urbina y sus graves problemas judiciales. A caballo siempre entre Madrid, Valencia, Toledo... ¿y Lisboa? En definitiva, 1588 es una laguna que queda por aclarar en la historiografía del Fénix.⁸

LAS ISLAS AZORES

La otra ocasión bélica de la que presume haber sido partícipe transcurre cuando apenas contaba con veintiún años de edad. En 1583, la anexión de Portugal no había concluido. El archipiélago de las Azores continuaba en poder de los seguidores de don Antonio, Prior de Crato, que se había postulado como adversario de Felipe II por la Corona lusa. El año anterior, el marqués de Santa Cruz, al mando de una armada de veinticinco velas había logrado una victoria increíble contra una escuadra francesa de sesenta y tres naves, que halló cerca de Punta Delgada (isla de san Miguel). Triunfante, el Marqués decide regresar a Lisboa al considerar como suicida un desembarco sin el apoyo de la flota de refuerzo que se le había prometido, pero que no llegaba nunca. Feliz por la victoria, Felipe II le recibe con honores y ordena el aprovisionamiento de una gran armada para acometer la conquista de las Azores. La importancia estratégica de aquel archipiélago, lugar de paso de los galeones de la Carrera de Indias, exigía dominar hasta el último rincón de sus playas:

D. MANUEL ¿Tanto importan estas islas?

CAPITÁN Tanto señor, que con averlas recuperado el Marqués se han atajado las pretensiones de don Antonio, Prior de Ocrato, y los disinius, que algunos príncipes, que le han favorecido, tenían, para inquietar nuestro Rey [...] con esperanças vanas, y sin que se pudiesse tener seguro en las Flotas, que de las Indias Orientales, y Occidentales vienen de ordinario a España, por ser escala, a do vienen a repararse de las largas navegaciones, que hacen, y a tomar refresco para continuar sus viajes. (Escalante ff. 169r-169v)

En aquella segunda tentativa es donde Lope de Vega dice pasar su bautismo de fuego con las armas –no olvidemos que este episodio es anterior en el tiempo a la Armada Invencible–. Curiosamente, tampoco se ha encontrado indicio documental alguno que pueda sustentar la veracidad de los hechos, pero, al contrario que con lo sucedido en el caso precedente, que ha generado un fértil debate, la participación del Fénix en la jornada de las Azores se ha dado por cierta, sin más, como si de manera inconsciente se intentara salvaguardar su imagen de poeta soldado. Pero, al igual que antes, sólo contamos con su palabra:

Ni mi fortuna muda
 ver en tres lustros de mi edad primera
 con la espada desnuda
 al bravo portugués en la Tercera
 ni después en las naves españolas
 del mar inglés los puertos y las olas. (vv. 199-202)⁹

Aquí y allá no son escasas sus menciones a aquella expedición, aunque, una vez más, sin muchos pormenores y con una clara voluntad panegírica como telón de fondo. Al fin y al cabo, para un autor tan necesitado del favor cortesano como era el madrileño, siempre era un buen momento para alabar un linaje tan preclaro como era la casa del marqués de Santa Cruz.

No obstante, existe una excepción a tanto hermetismo. Acerca de la toma de la isla Tercera, capital artillada de las Azores rebeldes, sí nos dejó Lope un relato extenso, detallado y minucioso de la jornada, desde la salida de Lisboa hasta la capitulación francesa.¹⁰ Habría que leer el primer acto de la comedia *El galán escarmentado* (1595-1598).¹¹ Celio vuelve a Madrid después de servir a las órdenes de don Álvaro de Bazán y ante el ánimo, interés y entusiasmo de sus viejos amigos, decide narrar la batalla en un largo discurso (vv. 89-226).¹² Lo que en un principio parecería el relato de un testigo presencial y, por consiguiente, la prueba definitiva de que Lope luchó en los tercios del Rey Católico, ha resultado ser algo bien distinto. Gracias a las pruebas encontradas, creemos poder demostrar que el poeta madrileño construyó la narración copiando de manera más o menos disimulada, según qué pasaje, el texto del licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, auditor general de aquella armada y ejército,¹³ que apareció impreso en la villa y corte en 1596. Y si esto se probara como cierto, se pondría en entredicho la participación de Lope en alguna expedición militar, porque si realmente estuvo peleando en las Azores, ¿a cuenta de qué necesitaría reproducir el relato de nadie? Bien es cierto que a veces es obligado recurrir a una fuente para rememorar alguna cifra o nombre concreto, pero las semejanzas van mucho más allá de simples datos, como veremos más adelante. Apenas habían transcurrido unos pocos años desde aquellos sucesos. En un tiempo donde el ejercicio ordinario de la memoria aventajaba con creces al de nuestros días, donde el latín se aprendía memorizando una a una cada palabra que se apuntaba en los cartapacios, se nos antoja difícil de creer que un testigo presencial como dice ser Lope precisara del refresco de la letra impresa para narrar la guerra de principio a fin.

ANÁLISIS Y ESTUDIO DE SUS FUENTES: TRAS LOS PASOS DEL COMENTARIO EN BREVE COMPENDIO DE MOSQUERA DE FIGUEROA

En torno a la fecha de composición brindada por Morley y Bruerton, año arriba, año abajo, ya que no es conveniente tomar la *Cronología* como una verdad infalible, tenemos noticias de al menos tres títulos de importancia que cuentan la campaña de las Azores.¹⁴ Uno es la obra del sevillano Mosquera de Figueroa, ya mencionada, y cuyo nombre completo sería *Comentario en breve compendio de disciplina militar, en que se escribe la jornada de las islas de los Azores* (Madrid, 1596); un segundo llamado *Historia de Portugal y conquista de las islas Azores en los años de 1582 y 1583* de Antonio de Herrera y Tordesillas (Madrid, 1591); y, por último, los *Diálogos del arte militar* de Bernardino de Escalante (Sevilla, 1583).¹⁵ Las fechas encajarían a la perfección. De hecho, son increíblemente precisas porque el *Comentario* lleva una aprobación firmada en Madrid por don Diego de Álava y Viamont el 23 de noviembre de 1591,¹⁶ lo cual significaría que circulaba por la villa y corte cinco años antes de acabar en la imprenta. Tanto retraso tuvo que molestar mucho a su autor, que vio cómo se le adelantaban y aparecían impresas sendas relaciones de aquella famosa jornada:

Otros avrán escrito esta jornada y ganado por la mano en sacarla a la luz, pero en este concurso se podrá notar bien la diferencia que en los casos de realidad y verdad haze la vista al oýdo, de donde los griegos dieron el nombre a la historia, demás de que en esta escritura (aunque breve) se podrán hallar advertencias de importancia de la antigua diciplina militar. (Mosquera de Figueroa f. 9r)

Un estudio comparativo demostrará que fue la crónica de Mosquera de Figueroa la que sirvió de guía, pauta y modelo para la redacción de los versos antes citados. No queremos decir que no haya coincidencias entre *El galán escarmentado* y la *Historia de Portugal* o los *Diálogos*, que, por supuesto, también existen, pero en su inmensa mayoría son de carácter general y no permiten colegir ninguna conclusión relevante. De ahí que las consideremos como posibles fuentes secundarias.¹⁷ En cambio, al confrontar el texto dramático con las páginas del *Comentario*, enseguida salieron a la luz préstamos, analogías y paralelismos demasiado llamativos como para pensar en vanas casualidades.

Para empezar, deberíamos centrar nuestra atención en la lista de los barcos que componían la armada española. Tanto uno como otro, esto es, el po-

eta madrileño y el licenciado sevillano, enumeran en términos bastante parejos, aunque con claros, ligeros y forzosos retoques:

Y para esto se juntaron en el río de Lisboa muchos baxeles, que, no tanto por el número como por la diversidad, no creo que se aya visto semejante Armada en estos Reynos y, por esto haré brevemente relación de los navíos que hizieron la jornada, que son los siguientes: cinco poderosos galeones, [...]; nueve naves grandes arragocesas, tres naves catalanas, tres venecianas, tres genovesas, una napolitana, ocho naves de Guipúzcoa que sirvieron en la Armada passada con muchos vizcaínos y guipuzcoanos -gente de tolerancia y fidelidad-, siete naves [...], seys patages de Guipúzcoa, ocho patages de Castro, quinze zabras de Castro, quatro caravelones portugueses para llevar cavallos, nueve caravelas de Alfama para lo mesmo, siete barcas chatas para desembarcar infantería, demás de otras veynte y dos velas que el año pasado quedaron en la isla de san Miguel. (Mosquera de Figueroa ff. 12v-13r)

No nos puede llamar la atención que Mosquera de Figueroa, como auditor general, supiera hasta el último de los bajeles de aquella armada, pero Lope parece demostrar unos conocimientos que van más allá de lo que se espera de un simple soldado de infantería:

[CELIO] con cinco galeones parte,
 treinta naos, doce galeras
 y doce armados patajes,
 dos galezas, quinze sabras,
 siete barcas chatas grandes,
 con catorce carabelas. (vv. 96-101)

El dramaturgo ‘acierta’ con el número de galeones –cinco–, sabras –quince– y barcas chatas –siete–. En el caso de patajes y carabelas, las cifras son muy similares: doce en vez de catorce y catorce en lugar de trece, respectivamente. Quizás, cambios obligados para cuadrar la métrica del verso. Nada en concreto nos dice el *Comentario* sobre galeras o galezas.¹⁸

A continuación, tras el detalle en el cuadro de la armada, toca hacer revista al ejército. Acerca de este asunto, tropezarse con una correspondencia literal hubiera sido hartamente chocante, pues el licenciado manejaba documentos

oficiales de alistamiento, es decir, conocía hasta el último hombre que se había embarcado en Lisboa.¹⁹ Algo que ni siquiera una memoria prodigiosa hubiera sido capaz de igualar, contando entre la multitud. El número exacto de tropas ofrecido por el auditor general es el siguiente:

Llegó el Maestre de Campo general, don Lope de Figueroa, con su tercio a la ciudad de Lisboa, y, luego, se dio orden para que todas las compañías se embarcassen; y así se embarcó don Lope con el tercio de tres mil y quinientos y ochenta y dos hombres; y luego don Francisco de Bobadilla con su tercio de dos mil y quinze soldados. Y de las compañías que salieron del Castillo de Lisboa a cargo de don Juan de Sandoval, por Maestre de Campo d'ellas, se embarcaron setecientos y setenta y nueve soldados, demás de quatro compañías de Andalucía de dozientos y onze soldados, y más quinientos y quarenta y dos hombres que vinieron de la ciudad de Oporto; y tres compañías italianas que venían en la galeaça Capitana, con dozientos y catorze soldados; y el conde Gerónimo de Lodrón, coloner de mil y setecientos y veynte y cinco infantes, que son por todos nueve mil y dozientos y sesenta y dos [...] y fuera d'esto, cinquenta cavalleros particulares [...] sin la gente de mar de los galeones, naos, galeras y galeaças y otros baxeles, que serían tres mil y ochocientos y veynte y tres, con bastimentos para cinco meses. (Mosquera de Figueroa ff. 15v-16r)

De nuevo, comprobaremos que el Fénix va de la mano de su fuente. Era evidente que unas cuentas tan precisas no podían trasladarse a las tablas de los corrales, pero en aquel esquema tripartito –infantería, marineros y soldados particulares– podemos apreciar una voluntad inequívoca de seguir con fidelidad el recuento del sevillano:

[CELIO] y con nueve mil infantes
 de bizarros españoles,
 italianos y alemanes;
 cuatro mil hombres de mar
 en faenas y balances,
 y cinquenta aventureros
 señores particulares. (vv. 102-08)

No reproduce la misma cantidad de infantes –nueve mil doscientos sesenta y dos–, pues hubiera provocado algunas risas en una narración que presumía de ser heroica, pero sí redondea la cifra en nueve mil soldados. Lo mismo sucede con la marinería. El número de hombres de mar acaba en cuatro mil cuando el licenciado apunta tres mil ochocientos veintitrés en su relación de fuerzas. En cuanto a los aventureros o ‘particulares’,²⁰ Lope vuelve a coincidir con la lectura del *Comentario*: cincuenta.

Además, habría que señalar un pasaje casi al final del parlamento de Celio. Ganada la playa, los fuertes y las trincheras, el Marqués manda marchar sin descanso para entrar en la ciudad de Angra antes de que los rebeldes puedan reagruparse detrás de sus muros. Sola y desamparada, la flota enemiga, que estaba fondeada en su puerto, es presa fácil de los cañones de la armada española.

[CELIO] y a la ciudad de Angra vuelve
 nuestro ejército triunfante,
 donde a la Armada francesa
 la nuestra acomete y bate. (vv. 213-16)

Una vez más, el dramaturgo sigue la línea narrativa marcada por el licenciado sevillano. Tanto el uno como el otro celebran la idea de don Álvaro de Bazán de forzar el paso para llegar a las murallas antes que los franceses, aunque, lamentablemente, le acabara costando la vida a varios soldados, que morirían de puro agotamiento. Al mismo tiempo, la armada tampoco descansaba, pues se le ordena que penetre en el puerto y hunda las naves rebeldes antes de que puedan salir a mar abierto. La Hacienda real estaba tan necesitada de fondos que la Corona española no sólo exigía la victoria, sino también una campaña corta:

Y en tanto que el ejército vencedor endereçava hazia la ciudad, que sería poco más de tres leguas, queriendo el Marqués prevenir a todo con el cuydado que se requería, conforme al estado de las cosas, mandó que las galeras embiesssen con el armada francesa y portuguesa que estava en el puerto de Angra. (Mosquera de Figueroa f. 84r)

Si bien está claro que Lope continúa parafraseando la obra de Mosquera de Figueroa; a nuestro entender, no lo suficiente como para poder descartar que el dramaturgo estuviera recurriendo a otra fuente –al fin y al cabo, todas tratarían el mismo asunto–²¹ o incluso que fueran sus propios recuerdos de soldado.

Tanto en la comedia como en la crónica, la tensión alcanza su momento cumbre con el más que peligroso desembarco en las playas de la Tercera, misión que, como era costumbre en la época, se encomendó a los tercios de infantería española:

[CELIO] entra a seis de julio, un martes,
remolcando los barcones,
las pinazas y patajes
en que irían cuatro mil
y más quinientos infantes
de los tercios de don Lope
y de otros tres capitanes. (vv. 154-60)

El desembarco se emprendió de madrugada, alrededor de las dos de la mañana. Al abrigo de la oscuridad, las galeras comienzan a remolcar hacia la playa las barcazas de asalto, cargadas hasta arriba de hombres. Así lo cuenta un testigo presencial:

[...] comenzó la galera capitana a çarpar y, palpando los remos en el agua, todas las demás hizieron lo mesmo, trayendo con mucha orden remolcando los barcones, pataches y pinaças que no podían serles de provecho sus remos si las galeras no los traxeran, a causa de la mucha gente que en ellos avía cargado, porque de la primera desembarcación eran quatro mil infantes de vanguardia de los tercios de don Lope de Figueroa con su compañía de soldados viejos de la Liga, con señalados capitanes. (Mosquera de Figueroa ff. 60v-61r)

Lope reproduce literalmente “remolcando los barcones, / las pinazas y patajes” (vv. 155-56) de un texto del que también podemos leer: “remolcando los barcones, pataches y pinazas” (f. 60v). A continuación, parafrasea los mismos datos: “en que irían cuatro mil / y más quinientos infantes / de los tercios de don Lope / y de otros tres capitanes” (vv. 157-60) cuando en el *Comentario* se explica: “[...] de la primera desembarcación eran quatro mil infantes de vanguardia de los tercios de don Lope de Figueroa con su compañía de soldados viejos de la Liga, con señalados capitanes” (f. 61r). Tenemos, por un lado, los cuatro mil infantes de los tercios de don Lope, sacado tal cual de la crónica del auditor general; por otro, la “compañía de soldados viejos de la Liga”, que el

dramaturgo convierte en “y más quinientos infantes”, y, para terminar, los “señalados capitanes” que al subir a las tablas se han transformado en “y de otros tres capitanes”.

Otro pasaje algo más extenso, pero igual de significativo, se encuentra en el detalle del combate que se entabló nada más pisar la arena. A pesar de haber elegido el punto más desprotegido de la costa, la playa estaba bien guarecida por una marea de hombres, gruesas piezas de artillería y profundas trincheras:

[CELIO] Entró en efecto, el Marqués
al tiempo que el alba sale,
[...]
comenzando a un cuerpo
de galera el gran combate,
las que llegaban, haciendo
de suerte, que en varias partes
la gente en barcas arrojan
de asperísimos lugares. (vv. 161-82)

En Mosquera de Figueroa, la narración del desembarco se prolonga a lo largo de varias páginas, sobre todo por la importancia del momento y porque el autor se detiene largamente en alabar la actitud heroica del marqués de Santa Cruz, que comandó el asalto en primera línea de fuego, como un arcabucero más:

Entonces envistió el piloto hasta que el Marqués se le opuso a cuerpo de galera [...] Llegaron brevemente las barcas a tierra, donde saltaron los españoles con grande esfuerço [...] mucha razón tuvieron los antiguos de poner premio a los primeros que se arrojaban en semejantes peligros. Viose luego una vandera de Castilla y, assí, subieron todos por lugares asperísimos y dificultosos (ff. 63r y 65r-65v).

A nuestro juicio, Lope vuelve a echar mano del *Comentario* sin ningún pudor. Primero, en el inicio de las hostilidades, no se olvida de que la capitana del Marqués se acercaba tanto que luchaba “a un cuerpo de galera” de la playa.²² Poco más tarde, después de un catálogo de los señores principales que acompañaban a don Álvaro de Bazán (y que hemos omitido por razones evidentes),²³ parafrasea el asalto de la arcabucería española. Justo en aquel preciso momento,

cuando los soldados se tiran al agua para alcanzar la orilla, que el poeta madrileño escriba “la gente en barcas arrojan / de asperísimos lugares” no puede ser un lance fortuito. Son las mismas palabras que utiliza Mosquera de Figueroa.

EL CASO CURIOSO DE LOS CACHOPOS DE LISBOA

A vueltas con *El galán escarmentado*, al poco de comenzar la relación se cuenta un episodio donde el Fénix parece confundir de manera incomprensible el significado de la palabra ‘cachopos’. A simple vista, un yerro fatal, pues podría evidenciar que muy poco o nada conocía sobre el puerto de Lisboa y que en último término demostraría que no sólo no se alistó para la conquista de las Azores, sino que también ensombrecería su participación en la Armada Invencible. Celio relata un pequeño accidente que ocurrió nada más levar anclas. En la salida, cuando la vanguardia dejaba atrás la barra del Tajo, una de las naves aragonesas, la *Santa María del Socorro*, encalla en unos bajíos, viéndose obligada a volver al río de Lisboa para su reparación. Los soldados que transportaba en su bodega tuvieron que ser recolocados en otras embarcaciones. Mientras, el resto de la flota zarpaba sin mayores incidentes²⁴. Así nos lo explica el poeta madrileño:

[CELIO] Los cachopos de Navarra
 hicieron volver la nave
 de don Miguel de Cardona:
 lo demás pasó adelante,
 haciendo que los soldados
 en los patajes se embarquen. (vv. 125-30)²⁵

Este fragmento sería fácil de entender de no ser por el vocablo “cachopos”, que en principio parece no tener sitio en un contexto marino. Es conocido por todos que “cachopo” significa ‘tronco seco y hueco de árbol’, según la Real Academia; sin embargo, no se conoce de ningún barco que haya encallado al chocar con un madero a la deriva. El hecho de que la palabra “cachopos” vaya acompañada del complemento “de Navarra” convierte el verso en un pasaje oscuro que podría despejarse por medio de sendas hipótesis, una que disculparía a Lope, culpando del error a una mano ajena, y otra que ahondaría en la idea de que el dramaturgo posiblemente tampoco participara en la conquista de las Azores:

1) “Los cachopos de Navarra” (v. 125) llevaría a pensar en otra acepción, ya desaparecida de los diccionarios,²⁶ pero que en nuestros días sobrevive aún en el noroeste de la Península con el sentido de “muchacho, mozo, mozalbete, joven, criado”. Un portuguesismo de uso en tiempos de Lope.²⁷ Por lo tanto, según se puede colegir, sería la falta de pericia o experiencia de la tripulación, navarra se entiende, la que ocasionó en última instancia que el barco quedara encallado a la salida del puerto. Como ya hemos advertido, de ser cierta, el error sería harto difícil de excusar porque bastaría volver sobre el *Comentario* para hallar unos hechos bien distintos:

[...] con que todas las naves salieron, si no fue una levantisca del capitán Rusco de Marco, que por aver tocado en los cachopos, no quedó para poder proseguir su viaje y, así, bolvió al río de Lisboa para repararse [...] Llegó a esta sazón a juntarse con la armada el navío que avía tocado en los Cachopos a la salida de Bethlén, como al principio se ha dicho; vino con la compañía de don Miguel de Cardona, del tercio del Maestro de Campo General, y con otra compañía de Garcilasso de la Vega (Mosquera de Figueroa ff. 24r y 105r).

A pesar de lo breve de la noticia, el licenciado dejaría en evidencia los versos de Lope: el barco, tras haber tocado *en* unos cachopos, debe regresar a los astilleros. Ni una palabra de marineros bisoños.²⁸ No sólo contamos con la versión ‘oficial’ del auditor de aquella armada; además, tenemos la suerte de disponer del testimonio de un testigo extranjero, el alemán de origen polaco Erich Lassota de Steblovo, que luchó como lansquenete en una de las compañías tudescas del conde Lodrón a lo largo de toda la campaña de Portugal (1580-1584). En las páginas de su diario, corrobora punto por punto el relato de Mosquera de Figueroa, cerrando el debate: “Un navío llamado de *Santa María del Socorro*, en que se había embarcado la bandera española de don Miguel de Cardona, encalló en Cachopos y de allí necesitó volver atrás” (*Viajes de extranjeros* I, 1279).

2) La otra posibilidad, enunciada por Dámaso Alonso, plantea una lectura distinta del verso en cuestión. Si bien no contamos ni con el manuscrito autógrafo ni con un impreso autorizado de la comedia,²⁹ el insigne filólogo concluye que estamos ante un error de copia y que en realidad Lope escribió: “cachopos de la barra”, confundiéndose una *l* con una *n* mayúscula, amén de la libre alternancia *b/v*, tan característica del Siglo de Oro. Esta última hipó-

tesis salvaguardaría la imagen de Lope, que de otra forma quedaría como muy poco cuidadoso: “En el caso de la comedia de Lope [*El galán escarmentado*], no poseemos autógrafo, pero podemos corregir, con completa seguridad, el pasaje, y afirmar que Lope no escribió ‘los cachopos de Navarra’ sino «los cachopos de la barra»” (Alonso 305-06).

Y es que para salir a mar abierto había que atravesar antes la llamada ‘Barra de Lisboa’, el estuario del río, que se estrechaba peligrosamente hacia el centro de la desembocadura, debido a la existencia de los *Cachopos*, es decir, unos bajíos o escollos a modo de cayos que con la marea baja podían ocasionar graves daños a las embarcaciones (como, de hecho, sucedió aquella mañana del 23 de junio de 1583). Los cartógrafos portugueses todavía avisaban de aquella amenaza a las naves de mayor tonelaje siglos después:

[En el plano del puerto de Lisboa de Diogo Correa da Motta (1756)] se hace una descripción pormenorizada del canal indicando dos estrechos: 1) el llamado «o grande paso» defendido por la «torre do Bogio» a Oriente –al final del «Grande Cachopo»- y la torre de San Jullião a Occidente. 2) El «pequeño paso», muy estrecho, pero profundo, entre el «pequeño cachopo» y la torre de San Jullião. (Manso Porto 37)

Un peligro natural que durante años se intentó aprovechar sin éxito para establecer una barrera defensiva sobre el puerto y la ciudad.³⁰ Esfuerzo que nunca llegó a completarse por la invasión española de 1580.

CONCLUSIONES

En los últimos años del Quinientos, cuando Lope pudo haber escrito *El galán escarmentado*, el ideal del perfecto cortesano seguía vivo en la mente del hombre barroco, al menos entre el pueblo llano, y en especial, para los poetas, con Garcilaso de la Vega como modelo insuperable. Idolatrado por las masas, el Fénix no podía ser menos que nadie y también reivindicó para sí un pasado militar. Como venimos señalando, la falta de documentación que pudiera probar su participación en la empresa de Inglaterra ha hecho correr ríos de tinta en uno y otro sentido, aunque siguen siendo mayoría quienes dudan de su concurso, a la espera de nuevos hallazgos que arrojen luz sobre el tema. En cambio, acerca de las islas Azores muy poco se ha escrito, dándose su palabra por buena, a pesar de que tampoco se cuentan con pruebas fehacientes. A lo largo

de estas páginas, hemos intentado demostrar que el fragmento de *El galán escarmentado* donde se narra la toma de la isla Tercera, no sería un argumento que avalaría su servicio como soldado del Rey Católico, sino todo lo contrario. Un estudio comparativo con el *Comentario* de Mosquera de Figueroa revela que Lope copió o parafraseó más de un pasaje para componer sus versos. No podemos afirmar o negar su presencia junto al marqués de Santa Cruz, pero que necesitara del testimonio de otro para relatar unos hechos que había vivido en primera persona y que, recordemos las fechas, estaban bastante recientes, pone en tela de juicio aquella condición de poeta soldado de la que tanto se vanagloriaba. Si a todo lo dicho añadimos que de manera inexplicable nunca ofreció el más mínimo detalle que singularizara su experiencia en las Azores –¿quién fue su capitán?, ¿quiénes le acompañaron?, ¿fue herido?, etc.– y su natural inclinación para manipular su imagen pública, incluyendo mentiras o medias verdades acerca de su vida privada en sus obras, la sombra de la sospecha se hace más y más alargada. De este modo, con su participación en el Desastre de la Invencible también en el alero, ¿fue Lope de Vega realmente un poeta soldado? Quizás, más que un perfecto cortesano, fue un [poeta] cortesano. *Vale*.

Notas

1. En los últimos tiempos, parte de la crítica viene haciendo un esfuerzo insistente por resaltar la facultad del Fénix para construir un yo poético distinto según las circunstancias, cumpliéndose así la teoría de Greenblatt acerca de los autores renacentistas. Estudiosos como Weiger, Rozas, Carreño, Sánchez-Jiménez y Torres, por señalar unos cuantos nombres, han incidido en el hecho de que Lope fuera capaz de escribir su propia mitología a través de un florilegio de discursos muy diversos.
2. Todavía en 1619, en un soneto preliminar a las *Fiestas reales de Lisboa* se alababa al autor, Francisco de Arce, en los siguientes términos: “Gloria del patrio suelo castellano / honor de Apolo, y musas del Parnaso, / primero Arceo, segundo Garcilaso” (Arce 17).
3. La copia manuscrita de la colección de Ignacio de Gálvez (siglo XVIII) lleva la fecha del 17 de diciembre de 1596.
4. “Quelle n’est pas sa surprise lorsque, parmi les ultimes arrivants, il voit apparaître son ami Luis de Vargas accompagné de huit domestiques, puis

Félix Arias Girón, mais aussi, outre le cher Claudio Conde, son jeune frère Juan de Vega” (Varga 83-84). En todo caso, hubiera sido su hermano Francisco quien compartiera aquellos hechos de armas con Lope (si es que alguna vez se produjeron). La existencia de otro llamado Juan de Vega es más que dudosa. Probablemente, es confundido con un cuñado del mismo nombre, casado con su hermana Catalina desde marzo de 1579, según se documenta en el archivo de la parroquia madrileña de San Sebastián (Fernández García 62).

5. En el prólogo a *La hermosa de Angélica* (1602), Lope escribió: “[...] en una jornada de mar, donde con pocos años iba a ejercitar las armas, forzado de mi inclinación, ejercité la pluma, donde a un tiempo mismo el general acabó su empresa y yo la mía. Allí, pues, sobre las aguas, entre jarcias del galeón San Juan y las banderas del Rey Católico, escribí y traduje de Turpino estos pequeños cantos, a cuyas rimas puse después la última lima” (185-86).
6. El archipiélago de las Azores se compone de nueve islas (de mayor a menor): San Miguel, Pico, Tercera, San Jorge, Fayal, Flores, Santa María, Graciosa y Cuervo. A la llegada del Marqués, sólo las islas de San Miguel y Santa María, esto es, las ínsulas orientales, eran leales a la Corona española.
7. A lo largo de los últimos años se han escuchado toda clase de teorías acerca del episodio de la Invencible: Lope estuvo en Lisboa, pero ni siquiera pensó en alistarse; sentó plaza en una compañía, pero nunca embarcó; subió a bordo del *San Juan*, pero se arrepintió al fondear en La Coruña, y así hasta un largo etcétera.
8. Al final, sobre Lope y la Armada Invencible, nos quedamos con el brillante análisis de Rudolph Schevill: “In conclusion: Lope has told us only in the most unconvincing form that he took part in the expedition of the Armada; it is never attested in any serious document. This episode is largely a figment of Lope’s brain; it is in keeping with other assertions which distort and poetize bald facts. There is nothing criminal in this extension of his limited military experience at Lisbon to cover the entire *jornada*; but it constituted an impressive boast. His casual allusions called for no proof, and have, since his time, only mystified his biographers” (Schevill 78).
9. En estos versos de la epístola a don Luis de Haro también menciona su participación en la Armada Invencible (Vega, *Poesía* 10).
10. Si bien la guarnición de la isla Tercera estaba compuesta principalmente

- de portugueses –treinta y seis banderas de infantería y una de caballería–, bajo el mando de Manuel de Silva, mano derecha del Prior de Crato; en realidad, fueron Monsieur de Chaste y sus dieciocho compañías de franceses quienes llevaron el mando, soportando el gran peso de la batalla contra los españoles. Tampoco faltaron algunos mercenarios ingleses: “[...] en la isla de la Tercera, doze compañías de franceses a cargo del capitán Carlos [...] y una de ingleses” (Mosquera de Figueroa f. 28r).
11. La fecha de composición es la propuesta por Morley y Bruerton (223-25).
 12. No somos los primeros en advertir de la existencia de un relato en primera persona de la toma de la isla Tercera. Sin ir más lejos, Dámaso Alonso o Frida Weber de Kurlat, por señalar un par de nombres, ya nos pusieron sobre aviso acerca de una relación *comediesca* de aquellos hechos de armas.
 13. El auditor general era el responsable de la administración de justicia en un ejército, sólo superado en autoridad por el capitán general.
 14. El clima de euforia pergeñó también otros títulos de menor trascendencia como *La victoria conquista de don Álvaro de Bazán* de Gaspar García de Alarcón (Valencia, 1585).
 15. En el caso de Bernardino de Escalante, no se trata del relato de un testigo directo o un cronista aventajado, sino que, como nos advierte en el mismo comienzo, ni siquiera es su autor: “Léanos V.M. señor Alcayde essa relación, que le embía el Sargento mayor, que razón es que sepamos muy en particular nuevas de tan buen successo” (f. 170v). Para citar mejor el texto de la edición facsímil de los *Diálogos* hemos preferido modernizar la acentuación, la puntuación y la separación de palabras.
 16. La aprobación de jurista tan ilustre, hijo del capitán general de artillería Francisco de Álava, era poco menos que un formalismo obligado después de alabar sin medida su obra *El perfecto capitán* (Madrid: Pedro Madrigal, 1590) al comienzo del *Comentario*: “Pudiera aver escusado algunos d’estos autores, trayendo a la memoria el libro que don Diego de Álava y Viacomt ha publicado, si la mal introduzida costumbre no nos uviessse impuesto en persuadirnos que traen más autoridad las cosas antiguas, por la reverencia que a la antigüedad se deve, que las que tenemos entre las manos; y cierto que me dexara llevar d’esta opinión, si en el libro que del perfeto Capitán hizo, no viera las cosas de los griegos, y romanos y de otras naciones que florecieron en las armas estar tan acomodadas para

nuestros usos, las cuales de antes nos parecían ociosas por la diferencia de las armas y de los tiempos, y aora se veen admitidas y son importantes para nuestros exércitos, en que se muestra su ingenio y erudición y, singularmente, en los artificios de fuego y ciencia de la artillería, donde en medio de su espantosa furia se reconoce el arte y el entendimiento discurre” (ff. 6v-7r).

17. De ahora en adelante, cuando hallemos coincidencias dignas de mención con el volumen de Herrera y Tordesillas o el tratado de Escalante, las reproduciremos a pie de página.
18. En cambio, con la *Historia de Portugal* en la mano se podría concluir la relación de naves de nuestra comedia: “[...] y estando a punto las dos galeazas y doze galeras que avian de yr a la jornada [...] y treynta naves gruesas” (Herrera y Tordesillas f. 192r). En los *Diálogos de arte militar*, las cuentas se aproximan mucho más a los números ofrecidos por Lope: “Dos galeças, [...] doze galeras, [...] tres galeones de su Magestad [...] dos galeones del Marqués, [...] ocho Patages y quinze Pinacas [...], quatro patages, [...], catorze caravelas, [...] siete barcas chatas (ff. 172v-173v). Incluso si sumamos todas las naves, desglosadas aquí por su procedencia, alcanzaríamos las treinta naos de *El galán escarmentado*: “Treze naves de la Provincia de Guipúscoa, [...] Siete naves Arragocesas [...] Quatro naves Venecianas [...] Una nave Neapolitana [...] Dos naves Ginovesas [...] Tres naves Catalanas” (f. 173r).
19. La revista de la infantería, dividida en tercios y capitanes, así como otros documentos de gran interés sobre aquella jornada (cartas, diarios, instrucciones reales, etc.) se encuentran recopilados gracias al generoso esfuerzo de Cesáreo Fernández Duro, en el que sigue siendo el estudio más completo hasta la fecha.
20. Si bien un aventurero y un soldado particular no eran exactamente la misma cosa, ambos vocablos podían intercambiarse como sinónimos, pues todo aventurero había recibido al menos una distinción o ‘ventaja’ a lo largo de su carrera, y, por ende, era también un particular. No a la inversa. El aventurero era cualquier hombre, normalmente un hidalgo o caballero de méritos probados, que se alistaba de manera voluntaria y sin sueldo para una jornada concreta. No quedaban inscritos en ninguna unidad, por lo que era costumbre que formaran parte del séquito del capitán general: “Existían también los aventureros, personas de cierto rango que se unían al ejército para una campaña o incluso una misión determinada.

Entre éstos podía haber capitanes a cuyas compañías se les había asignado un papel pasivo en la una o en la otra y que pedían permiso para dejar temporalmente sus unidades a fin de incorporarse a título individual a las operaciones” (Albi de la Cuesta 75). Es común a su vez la confusión con la figura del “entretenido”.

21. No exactamente. Escalante se aleja un poco del licenciado en la narración de este episodio, pues el Marqués permite descansar al ejército durante toda la noche: “[...] que otro día de mañana se levantara nuestro ejército y marchase la buelta de la ciudad de Angra, a ganar los fuertes, y el puerto y baxeles, que en él avía de los enemigos, dando orden al capitán Medrano que fuese luego de mañana con las galeras de su cargo a tomar la boca del puerto” (f. 187).
22. Como curiosidad, a pesar de su clara voluntad de agradar en la corte, Herrera y Tordesillas humaniza la valentía del Marqués a “dos cuerpos de galera” (f. 197r). En cambio, en los *Diálogos* el heroísmo de don Álvaro permanece incólume: “[...] llegando al alva del día con la mayor gallardía y ánimo que jamás se vio en ningún general, poniéndose un cuerpo de galera de los fuertes, de donde le tiraron a cavallero muchos cañonazos y arcabuzazos” (f. 182r).
23. Hasta el último de los nombres ofrecidos por Lope –y muchos más– se pueden encontrar en la obra de Mosquera de Figueroa, que los recoge en una lista dilatadísima (ff. 61r-62v). No lo consideramos como una prueba de copia porque creemos lógico, incluso conveniente, que el poeta madrileño necesitara recurrir a una fuente escrita para no olvidar a ninguno de aquellos esforzados capitanes.
24. En la *Historia de Portugal*, el cronista de Cuéllar nos descubre otro percañe acaecido a la salida: “[...] y también otra [nave] que navegando quebró el timón” (f. 192v).
25. Hemos tenido que subsanar un claro error de transcripción en el v. 128.
26. En realidad, ni siquiera Nebrija o Covarrubias recogen ‘cachopo’, aunque fuera una voz documentada a principios del siglo XV, como demuestra Joan Corominas.
27. “Lo más curioso de todo es que, aunque ni los lexicólogos portugueses ni los españoles apenas lo hayan advertido, el hoy perdido *cachopo* tuvo en una amplia zona del español, por lo menos desde el Renacimiento, una existencia real. Y la tuvo sobre todo con el sentido de «niño, mozo, muchacho, criado», así la *Crónica de D. Pedro Niño*: «Que lo daría de lo llano

- de el hacha e que le diría, *Castigote cachopo*». Y Diego de Guadix dice que «*Cachopo* llaman en España y Portugal a lo que en Castilla *muchacho*». B. de Valbuena comenta que «había un sacristán, gran siervo de Dios. Tenía dos *cachopos* para llevar los ciriales y otros ejercicios de sacristía» (Pariante 202).
28. En los *Diálogos*, leemos: “En saliendo la Armada, del río de Lisboa topó en los Cachopos, que son unos baxíos enfrente del castillo de Sangian [San Julião], la nave en que yva la compañía de Don Miguel de Cardona, y assí lo fue forçado quedarse” (f. 175r). Asimismo, el cronista de Cuéllar menciona aquel contratiempo muy de pasada, sin dar apenas detalles: “[...] y al salir de la Barra por aver tocado una nave en tierra fue necesario que se quedasse” (f. 192r).
29. *El galán escarmentado* no se publicó en ninguna de las veinticinco *Partes de comedias* de Lope.
30. Véase el trabajo de Porras Gil sobre los diferentes proyectos que se idearon a lo largo del siglo XVI para fortificar la desembocadura del Tajo, que incluían un baluarte artillado en la zona de los cachopos.

Obras citadas

- Albi de la Cuesta, Julio. *De Pavía a Rocroi: los tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Balkan Editores, 2005.
- Alonso, Dámaso. “Los cachopos de Lisboa (en Góngora y Lope)”. *Obras completas*. Vol. 4. Madrid: Gredos, 1982. 303-10.
- Arce, Francisco de. *Fiestas reales en Lisboa desde que el rey nuestro señor entró, hasta que salió con una loa al príncipe nuestro señor que toca a la jornada*. Ed. Antonio Pérez Gómez. Valencia: La fonte que mana y corre, 1956.
- Blecua, Alberto. “De la *Razón de amor* a un *Sueño* anónimo del siglo XVI”. *Signos viejos y nuevos: estudios de historia literaria*. Barcelona: Crítica, 2006. 135-55.
- Carreño, Antonio. “Los mitos del yo lírico: *Rimas* (1609) de Lope de Vega”. *Edad de Oro* 14 (1995): 55-72.
- . “De mi vida, Amarilis, os he escrito/lo que nunca pensé”. *Anuario Lope de Vega* 2 (1996): 25-44.

- . “‘Que érades vos lo más sutil del mundo’: de Burguillos (Lope) y Quevedo”. *Calíope* 8.2 (2002): 25-50.
- La ciencia y la técnica en la época de Cervantes: textos e imágenes*. Coord. Mariano Quirós García. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2005 [CD].
- Decio, Francisco. *Colloquium cui titulis Paedapechthia*. Valencia: Francisco Díaz Romano, 1536.
- Escalante, Bernardino de. *Diálogos del arte militar*. Ed. facsímil. Salamanca: Ayuntamiento de Laredo / Universidad de Cantabria, 1992.
- Fernández Duro, Cesáreo. *La conquista de las Azores en 1583*. Madrid: Estudio Tipográfico, “Sucesores de Rivadeneyra”, 1886.
- Fernández García, Matías. *Parroquia madrileña de San Sebastián: algunos personajes de su Archivo*. Madrid: Caparrós Editores, 1995.
- Ferrer Valls, Teresa. *Nobleza y espectáculo teatral (1535-1622)*. Valencia: Universidad de Valencia, 1993.
- García Mercadal, José, ed. *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. 3 vols. Madrid: Aguilar, 1952-1962.
- Greenblatt, Stephen. *Renaissance Self-Fashioning: from More to Shakespeare*. Chicago: University of Chicago Press, 1980.
- Herrera y Tordesillas, Antonio de. *Cinco libros de Antonio de Herrera de la Historia de Portugal y conquista de las islas Azores en los años de 1582 y 1583*. Madrid: Pedro Madrigal, 1591.
- Manso Porto, Carmen. *Cartografía histórica portuguesa. Catálogo de manuscritos (siglos XVII-XVIII)*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1999.
- Morley, S. Griswold, y Courtney Bruerton. *Cronología de las comedias de Lope de Vega*. Madrid: Gredos, 1968.
- Mosquera de Figueroa, Cristóbal. *Comentario en breve compendio de disciplina militar, en que se escribe la jornada de las islas de los Azores*. Madrid: Luis Sánchez, 1596.
- Pariente, Ángel. “La etimología de *cachopo*”. *Revista de Filología Española* 61.1 (1981): 199-224.
- Porras Gil, María Concepción. “Francisco de Holanda: propuestas para la defensa de Portugal en el siglo XVI”. *II Encontro Internacional Relações Portugal-Espanha. Uma História paralela, um destino comum? Zamora, 7 e 8 de Julho de 2000*. Oporto: CEPSE, 2002. 161-78.
- Rausell Guillot, Helena. “Armas y letras: la educación de la nobleza en un coloquio valenciano del siglo XVI”. *La Universitat de València i l’Humanisme: Studia Humanitatis i renovació cultural a Europa i al Nou Món*.

- Eds. Ferran Grau Codina, Xavier Gómez Font, Jordi Pérez Durà y José María Estellés González. Valencia: Universidad de Valencia, 2000. 575-79.
- Rozas, Juan Manuel. "Burguillos como heterónimo de Lope". *Edad de Oro* 4 (1985): 139-63.
- Sánchez-Jiménez, Antonio. *Lope pintado por sí mismo: mito e imagen del autor en la poesía de Lope de Vega Carpio*. Londres: Tamesis Books, 2006.
- Schevill, Rudolph. "Lope de Vega and the Year 1588". *Hispanic Review* 9.1 (1941): 65-78.
- Torres, Isabel. "Interloping Lope: Transformation and Tomé de Burguillos". *Bulletin of Spanish Studies* 85 (2008): 273-88.
- Varga, Suzanne. *Lope de Vega*. París: Fayard, 2002.
- Vega, Lope de. *Servir a señor discreto*. Ed. Frida Weber de Kurlat. Madrid: Castalia, 1975.
- . *El galán escarmentado. Comedias de Lope de Vega*. Vol. 3. Eds. Jesús Gómez y Paloma Cuenca. Madrid: Turner (Biblioteca Castro), 1993. 787-883.
- . *Rimas humanas y otros versos*. Ed. Antonio Carreño. Barcelona: Crítica, 1998.
- . *La bella malmaridada o la cortesana*. Ed. Christian Andrés. Madrid: Castalia, 2001.
- . *La hermosura de Angélica*. Ed. Marcella Trambaioli. Madrid/Fránkfort am Main: Iberoamericana Vervuert, 2005.
- . *Poesía*. Vol. 4. Ed. Antonio Carreño. Biblioteca Castro. Madrid: Turner, 2005.
- Weiger, John. "Lope's Role in the Lope de Vega Myth". *Hispania* 63 (1980): 658-65.